

sanos, no contentos con elevarle en sus corazones un duradero monumento, honraron su memoria con magníficos funerales; el llanto y los sollozos acallaban el canto de los Salmos; los gentiles y los Judíos unian sus lágrimas á las de los Cristianos; todos deploraban la muerte de Basilio, á quien miraban como á un padre comun, y como el mas célebre doctor del mundo ⁴.

ORACION.

Dios mío, que sois todo amor, gracias os doy por haber inspirado á tantos sabios doctores para confundir la herejía y defender nuestra fe; hacednos la gracia de imitar el desprendimiento, la mortificación y el amor de la oracion de san Gregorio y de san Basilio, la fe de san Hilario, y la caridad de san Martin.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, solo tendré amigos virtuosos.

⁴ Las obras de san Basilio son:

- 1º. El *Hexaemeron*, ó explicacion de la obra de los seis dias, en nueve homilias. Este libro es una obra maestra, en la que campean la ciencia, el buen decir, los grandes rasgos del genio y la piedad de un Santo. Por no haber podido concluirlo el Santo, hizolo su hermano, san Gregorio de Nisa; consta que así los sabios como el pueblo acudian en tropel para oír explicar al gran Doctor las maravillas de la creacion; los mas ignorantes le comprendian, los mas sabios le admiraban. (San Gregorio de Nisa, *Hexaem.* pág. 3.)
- 2º. *Ocho homilias* sobre los Salmos;
- 3º. *Cinco libros contra Eunomio*. Esta obra, refutacion del Arrianismo, fué escrita contra la apología que hizo Eunomio de la misma herejía;
- 4º. *Veinte y cuatro homilias sobre la moral*, y las fiestas de los Mártires;
- 5º. Los *Ascéticos*, obra destinada á dar reglas á la milicia sagrada, es decir, que trata de la guerra que debemos sostener contra los enemigos de nuestra salvacion;
- 6º. El *Libro del Espíritu Santo*, en el cual se establece la divinidad de la tercera Persona de la santísima Trinidad;
- 7º. *Epístolas*, verdaderos modelos de estilo epistolar en número de trescientas treinta y seis.

Todos los elogios dados anteriormente al estilo, saber y elocuencia de san Gregorio Nazianceno, son debidos á su ilustre amigo.

Actualmente se publica en París una magnífica edicion de las obras de san Basilio, bajo la direccion de los hermanos Gaume, libreros.

LECCION XXV.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLO IV Y V.)

La Iglesia consolada: san Hilarion; — atacada: herejía de los Macedonios; — defendida: concilio general de Constantinopla, san Ambrosio, san Agustin.

La division y la inconstancia son propiedades del error; así es que de la secta arriana nacieron otras muchas herejías, y luego cismas y funestas disensiones; pero mientras los Doctores de la Iglesia atacaban el error con sus discursos y sus obras, unos, mas que hombres, ángeles de paz, víctimas de expiacion, oraban en el desierto, y se entregaban á todas las austeridades de la penitencia, á fin de obtener la victoria para sus hermanos, y de reparar los escándalos é innumerables desórdenes causados por el cisma y la herejía. Abandonemos, pues, el campo de batalla donde combaten tan ilustres Padres, como san Cirilo ⁴, patriarca de Jerusalem, Lactancio, san Efren, diácono de Edesa, san Eusebio de Verceil, san Paciano, obispo de Barcelona ², y otros muchos mas que no nos permite el tiempo nombrar, y dirijamos nuestros pasos hácia los climas de Oriente, donde hemos ya admirado tan grandes maravillas; ved en el fondo del desierto aquella choza aislada; es la de san Hilarion.

Hilarion, el héroe de la penitencia, nació en la pequeña ciudad de Tabatha en Palestina, de padres gentiles; enviado muy jóven á Ale-

⁴ San Cirilo nos ha legado unas excelentes instrucciones para los catecúmenos, ya para antes, ya para despues del Bautismo; las primeras llevan sencillamente el nombre de *Catequeses*, y son en número de diez y ocho; en ellas se encuentran los mas interesantes detalles sobre la excelencia del Bautismo, el Símbolo, la señal de la cruz, la virginidad, el ayuno, la oracion, la disciplina del secreto, ó la obligacion de no revelar á los profanos nuestros santos misterios. Las segundas se titulan *Catequeses mistagógicas*, es decir, que introducen en el secreto de los misterios; son en número de cinco, y fueron predicadas en Jerusalem durante la semana de Pascua, despues del Bautismo de los catecúmenos; las otras habian sido predicadas durante la Cuaresma del mismo año 347. En las *Catequeses mistagógicas* el Santo se propone principalmente explicar la naturaleza y efectos del Bautismo, de la Confirmacion y de la Encaristia, que en aquel tiempo se recibian en un mismo dia. La quinta es sumamente interesante, en cuanto contiene la liturgia tal como estaba en uso en tiempo de san Cirilo, y nos enseña el modo como comulgaban los Cristianos. Grandcolas, doctor en teología de la facultad de París, ha publicado una traduccion francesa de las *Catequeses*, París, 1715, en 4º.

² En una de sus epístolas á *Simfronio* contra las herejías, dice estas hermosas palabras: « Cristiano es mi nombre; Católico mi sobrenombre; el uno me distingue, el otro me designa. »

jandría para estudiar las letras humanas, dió grandes pruebas de un talento superior y sobre todo de una angelical pureza de costumbres, en recompensa de lo cual tuvo la suerte de conocer y abrazar la religión cristiana. Convertido de repente en otro hombre, no gustaba sino de las santas reuniones de los fieles, y habiendo llegado á sus oídos la fama de san Antonio, tan célebre en todo el Egipto, concibió el designio de visitarle en su desierto; llegado allí, fué tanto lo que sus ejemplos le conmovieron, que cambió de traje y empezó á imitar su género de vida, su fervor en la oración, su humildad para con sus hermanos, su perseverancia en las austeridades y todas sus demás virtudes.

Sin embargo, temiendo ser distraído por la gran multitud de personas que visitaban á Antonio, ya para ser curadas de sus dolencias, ya para ser libertadas del demonio, regresó á su país; la muerte le habia arrebatado á sus padres, así es que pudo disponer de sus bienes, una mitad en favor de sus hermanos, y la otra en favor de los pobres, despues de lo cual se retiró á un desierto, cerrado por el mar por una parte, y por grandes pantanos por otra; en vano le hicieron presente que aquel lugar estaba infestado de malhechores; su contestacion fué que únicamente temia la muerte eterna. Cuando Hilarion dió tan insigne ejemplo de desprendimiento y de valor, contaba solo quince años; y á pesar de ser su salud tan débil y delicada que le hacia viva impresion el menor exceso de calor ó de frio, no se llevó otros vestidos que un saco, una túnica de piel que le habia dado san Antonio, y una capa muy corta.

Llegado á su desierto, prohibióse á sí mismo el uso del pan, y durante seis años su único y diario alimento fueron quince higos que comia al ponerse el sol; cuando experimentaba alguna tentacion de la carne, sentíase dominado por una santa cólera contra sí mismo, golpeábase fuertemente el pecho, y decia á su cuerpo, al que trataba como á un potro rebelde: « Yo te impediré cocear; te alimentaré de paja en vez de pan, y te cargaré y te fatigaré de tal modo, » que solo desearás comer sin pensar en los placeres. »

Sabia de memoria una gran parte de la sagrada Escritura, y la recitaba durante su trabajo, que consistía en cavar ó labrar la tierra, cuando no seguía el ejemplo de los solitarios de Egipto, haciendo cestos para procurarse lo que le era indispensable. El poderoso atleta tuvo que sostener con el demonio encarnizadas luchas, de las que salió siempre victorioso con el auxilio de la oración y de la penitencia. Á la edad de veinte y un años se condenó á no comer diariamente mas que un puñado de yerbas mojadas en agua fria; durante los tres años siguientes sus únicos alimentos fueron pan seco, sal y agua; á los ochenta años redujo su comida á cuatro onzas, y jamás comió en otra hora que al ponerse el sol. De aquí toma pié san Jerónimo para

hacer algunas sábias reflexiones sobre la tibieza de los Cristianos que alegan la vejez para dispensarse de hacer penitencia.

Tantas virtudes fueron recompensadas con el don de milagros; y para huir de su fama, que cada día pregonaba su nombre á nuevas gentes, abandonó Hilarion su desierto, y fué á visitar los lugares que habia habitado san Antonio. Animado de un nuevo fervor, retiróse con dos de sus discípulos á una horrorosa soledad, donde le descubrió tambien la creciente fama de sus milagros. Finalmente embarcóse para la isla de Chipre, y allí, oculto en un lugar enteramente desconocido, imitó, en cuanto es dable á un hombre mortal, la vida de los bienaventurados en el cielo: llegado á la edad de ochenta años, el venerable anciano escribió su testamento de su propio puño, legando á su discípulo Hesiquio todas sus riquezas, consistentes en un libro de los Evangelios, un cilicio y una capa. Informada una familia de piadosos cristianos de que el Santo estaba próximo á espirar, acudieron para recibir su último suspiro, exigiéndoles aquel la promesa de que luego que habria muerto enterrarían su cuerpo como se hallaba vestido, con su cilicio y su sayo; su debilidad era tanta, que solo se conocía que la vida no le habia abandonado aun por la presencia de espíritu que conservaba íntegra, siendo estas sus últimas palabras: « Sal, alma mia, ¿qué te espanta? Sal, alma mia, ¿qué temes? Hace cerca de setenta años que sirves á Jesucristo, ¿y puedes des temer la muerte? » Al terminar estas palabras espiró, cuando corria el año 374 de Nuestro Señor Jesucristo.

Al glorioso nombre de san Hilarion únense nombres igualmente célebres en la historia del siglo iv: san Pacomio, abad de Tabenna; san Abrahan, san Teodoro, san Julian, la flor de los desiertos de Mesopotamia; san Pambon, abad de Nitria, los dos Macarios, y tantos otros de que el mundo no era digno. Durante aquella gran lucha del error contra la verdad, y del escándalo contra la virtud, el desierto puso en la balanza divina las oraciones y penitencias de sus angélicos habitantes, y la Iglesia triunfó.

Apenas habia tenido esta un momento de reposo bajo el emperador Joviano, cuando oyóse retumbar un grito de guerra: un nuevo heresiarca atacaba una de las bases del edificio sagrado; Macedonio negaba la divinidad del Espíritu Santo. Un vigilante centinela, Atanasio que vivia aun, dió la voz de alarma y refutó victoriosamente la nueva herejía; sin embargo el mal aumentaba de día en día; Atanasio acababa de morir, y á solicitud de los Obispos, Teodosio el Grande convocó un concilio en Constantinopla, no mostrándose menos espléndido de lo que lo fuera Constantino para con los Padres de Nicea. Los Obispos presentes eran en número de ciento cincuenta; en un principio se trató de convencer y reducir á los Macedonios, mas como permaneciesen obstinados en su opinion y se hubiesen re-

tirado del concilio, fueron tratados por este como herejes declarados.

Al confirmar el Símbolo de Nicea, los Padres de Constantinopla añadieron únicamente algunas palabras para explicar mas y mas el misterio de la Encarnacion y de la divinidad del Espíritu Santo; al tratar de la Encarnacion, el Símbolo de Nicea se limitaba á decir: « Descendió de los cielos, se encarnó, se hizo hombre, sufrió pasion » y muerte, resucitó el tercer dia, subió á los cielos, y vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos. » Y el de Constantinopla decia: « Descendió de los cielos, se encarnó por obra del Espíritu Santo en » el seno de la Virgen María, y se hizo hombre; sufrió pasion y » muerte, fué sepultado, resucitó el tercer dia segun las Escrituras, » subió á los cielos, está sentado á la derecha del Padre, y de nuevo » vendrá á juzgar con majestad á los vivos y á los muertos, y su reino no no tendrá fin. »

Respecto de la tercera Persona de la santísima Trinidad, el Símbolo de Nicea expresaba la fe con estas palabras: *Creemos en el Espíritu Santo*; y el de Constantinopla añade, á causa de los Macedonios: « Creemos en el Espíritu Santo que es tambien Señor y *vivificador*, que procede del Padre; que junto con el Padre y el Hijo » recibe iguales adoraciones y una misma gloria; que habló por los » Profetas. »

El emperador Teodosio recibió esta decision como emanada del mismo Dios, y digno *obispo del exterior*, hizo una ley ordenando la ejecucion de cuanto se habia establecido en la augusta asamblea. Celebrado en el año 381, este concilio fué aprobado por el Sumo Pontífice, y es el segundo ecuménico ⁴.

Semejante á aquellas monstruosas serpientes del África que á la fuerza reúnen la astucia para apoderarse de su presa, la herejía de Arrio y de Macedonio, vencida en Nicea y en Constantinopla, intentó aparecer de nuevo bajo diferentes nombres y diversas formas, ya empleando el artificio, ya la violencia, para arrebatarse las ovejas del Señor; mas el divino Pastor, que vela noche y dia custodiando su rebaño, suscitó nuevos defensores, ante los cuales viéronse obligados á emprender la fuga el crimen y la herejía, aunque armados del poder imperial. En primera línea aparece san Ambrosio, arzobispo de Milan.

Este gran Doctor nació en las Galias por los años 340, y contaba entre sus abuelos cónsules y prefectos del Imperio; su padre, gobernador de las Galias, de la Inglaterra, de la España y de una parte del África, lo dejó al morir á los cuidados de una madre que cultivó con esmero su corazon y su entendimiento. Despues de haber he-

⁴ Fleury, t. IV, lib. XVIII.

cho sus estudios en Roma, Ambrosio volvió á Milan con su hermano Satiro, y ambos siguieron la carrera del foro. Su única hermana, llamada Marcelina, recibió el velo de manos del papa Liberio.

No tardó en extenderse la reputacion de Ambrosio, y los hombres mas eminentes buscaban su amistad; de este número fué Probo, prefecto de Italia, el cual nombró á Ambrosio gobernador de la Liguria y de la Emilia, es decir, de todo el país que comprenden en el dia los arzobispados de Milan, de Turin, de Génova, de Ravena y de Bolonia, con las diócesis que de dichas metrópolis dependen. Al despedirse, díjole Probo: « Id y obrad mas como obispo que como » juez. » Y fiel Ambrosio á tal consejo, que se avenia muy bien con su carácter, hizose admirar por su probidad, vigilancia y dulzura, siendo la advertencia de Probo como una prediccion de lo que sucedió despues.

En aquel tiempo murió Auxencio, furioso arriano, usurpador de la sede de Milan, el cual durante los veinte años que duró su intrusion habia perseguido á los Católicos con tanta violencia como malicia; al tratarse de la eleccion de un nuevo obispo, la ciudad se dividió en dos bandos, uno de los cuales queria á un arriano y el otro á un católico; llegando á tal punto la exasperacion, que estalló un motin, y que Ambrosio tuvo que volver á la ciudad para sofocarlo; acto continuo se dirigió á la iglesia, donde se celebraba la reunion, y pronunció un discurso lleno de prudencia y de moderacion; mientras estaba hablando, un niño exclamó: *¡Ambrosio obispo!* y al oír esto, cesó el tumulto como por encanto; Católicos y Arrianos se reunieron para proclamar unánimemente al Gobernador obispo de Milan; en vano quiso Ambrosio eludir tanto honor huyendo, pues habiéndose extraviado, se encontró el dia siguiente en las mismas puertas de Milan.

Ambrosio no era mas que catecúmeno, así es que fué bautizado, ordenado de presbítero, y consagrado obispo en 4 de diciembre del año 372; elevado á la sede episcopal, no se consideró ya como un hombre de este mundo, y para romper los últimos lazos que á él podian sujetarle, distribuyó á la Iglesia y á los pobres cuanto poseía en oro y plata, reservando sin embargo una renta vitalicia para la subsistencia de su hermana Marcelina. Hecho esto, entregóse enteramente al cuidado de su rebaño y á la composicion de las preciosas obras con que ha enriquecido á la Iglesia.

En aquel entonces invadieron los Godos las tierras del Imperio, penetrando hasta los Alpes, y Ambrosio empleó sumas considerables en el rescate de los cautivos, destinando además á tan buena obra los vasos de oro de la iglesia, los cuales fueron rotos y vendidos; de lo que tomaron pié los Arrianos para dirigirle varios cargos, mas el santo Obispo les contestó que mas valia salvar almas que guardar

oro. Estos herejes, viendo que habian perdido la Iglesia de Milan, excitaron á la emperatriz Justina á declararse contra el santo Arzobispo, y lo lograron; aquella princesa, celosa arriana, envió á pedirle en uno de los dias inmediatos á la Pascua del año 385 la basilica Porciana, á fin de que los Arrianos celebrasen en ella el oficio divino para ella y varios oficiales de la corte.

Ambrosio, que no ignoraba que la audacia de los herejes crece á medida de la poca resistencia que se les opone, contestó que jamás entregaria el templo de Dios á sus enemigos; en vano le amenazaron la Emperatriz y el mismo Emperador; el santo Arzobispo se mantuvo inflexible. Este hecho atrajo sobre él varios sufrimientos, de los que se vengó como saben vengarse los Santos; sacrificóse para impedir los perniciosos designios del tirano Máximo contra la Italia, dando así una prueba de amor á sus perseguidores.

Poco despues de la pacificacion de la iglesia de Milan, el emperador Teodosio cometió una falta que hizo derramar muchas lágrimas: la ciudad de Tesalónica rebelóse contra su gobernador, y dióle muerte en la sedicion, en venganza de lo cual dispuso Teodosio que fuesen pasados á cuchillo siete mil habitantes de aquella desgraciada ciudad. La noticia de tanta barbarie destrozó el corazon de Ambrosio, y habiéndose presentado el Emperador para entrar en la iglesia, el santo Obispo salió á su encuentro en el vestibulo, y le dijo: « Príncipe, » deteneos, pues no comprendéis la enormidad de vuestro pecado; » el brillo de la púrpura no debe haceros olvidar que sois mortal, que » estais formado del mismo barro que vuestros súbditos. Sola hay un » Señor, un Rey del mundo; ¿cómo miraréis su templo? ¿cómo pisa- » réis su santuario? ¿Os atreveréis á levantar hácia él esas manos » teñidas aun de una sangre injustamente derramada? Retiraos, » pues, y no añadais el sacrilegio á tantos homicidios. »

El Príncipe dijo para excusarse que David habia pecado, á lo que repuso Ambrosio: « Le habeis imitado en su pecado, imitadle en su » penitencia. » Teodosio se sometió y aceptó la penitencia canónica que le fué impuesta, volviendo á su palacio suspirando; en él permaneció ocho meses enteramente ocupado en los ejercicios propios de los penitentes públicos, mas al acercarse la fiesta de Navidad, sintió aumentar su dolor. « ¡Cómo! decia, el templo del Señor está abierto » para el último de mis súbditos, y su entrada me está á mí prohi- » bida! » Llevado de sus ardientes deseos, se dirigió no á la iglesia, sino á una sala contigua, donde Ambrosio mandóle colocar entre los penitentes públicos; Teodosio obedeció, y á fin de corregirle eficazmente, el santo Obispo exigió que diese una ley para suspender durante treinta dias la ejecucion de las sentencias de muerte; al momento dispuso el Príncipe que se escribiese dicha ley, la firmó y prometió observarla, despues de lo que, conmovido san Ambrosio por

su docilidad y por el ardor de su fe, levantó la excomunion y le permitió la entrada en la iglesia.

Teodosio, prosternado y regando el suelo con sus lágrimas, golpeábase el pecho y pronunciaba en alta voz aquellas palabras de David: « Mi alma ha permanecido ligada á la tierra; ¡ Señor, dadme » la vida segun vuestra promesa! » Y el pueblo todo, enternecido al ver tan grande ejemplo, le acompañaba en su llanto y en sus oraciones; aquella Majestad soberana, cuya impetuosa cólera hiciera temblar todo el Imperio, solo inspiraba entonces sentimientos de compasion y de dolor. Ejemplo igualmente admirable, así de parte del Santo, como de parte del Emperador, que enseña á los Obispos que la fe y el puro celo tienen mas fuerza que el trono y el cetro, y que advierte á los Príncipes de la tierra que su verdadera grandeza consiste en humillarse ante el Rey de los reyes.

El santo Arzobispo murió durante la noche del Viernes al Sábado Santo, 4 de abril del año 395, á los cincuenta años de su edad. La antigüedad le señaló el primer lugar entre los cuatro grandes Doctores de la Iglesia latina; visiblemente inspirado por Dios para la defensa de la Iglesia, aquel santo Doctor compuso gran número de excelentes obras, siendo poquísimas las verdades importantes de la Religion que no se encuentren sólidamente establecidas y claramente demostradas en ellas, lo que ha hecho que fuesen colocadas, luego de su publicacion, entre los libros que consulta la Iglesia en materia de fe ⁴.

Al bajar al sepulcro, Ambrosio cerró, por decirlo así, el brillante

- ⁴ Las principales obras de san Ambrosio son:
- 1º. El *Hexameron*, ó Tratado sobre los seis dias de la creacion. San Ambrosio siguió en parte á san Basilio;
 - 2º. El libro *sobre Noé y el arca*. Noé es representado como un modelo de virtud para todos los hombres;
 - 3º. El libro *del Bien de la Muerte*. El Santo manifiesta en él que la muerte no es un mal;
 - 4º. Los libros *de Abel, de Isaac y de José*, donde se pintan las virtudes de estos santos Patriarcas;
 - 5º. El libro *de las Bendiciones de los Patriarcas*, en el que trata el Santo de la obediencia y del reconocimiento que los hijos deben á sus padres;
 - 6º. El libro *de Elias y del Ayuno*, en el que manifiesta la eficacia del ayuno.
 - 7º. Las *Obligaciones de los ministros*, donde el Santo enseña á los presbíteros á ser hombres de Dios;
 - 8º. El libro *de las Virgenes y de la Virginitad*;
 - 9º. Los tres libros *del Espiritu Santo y de la Encarnacion*, completa refutacion de las herejias de Arrio y de Macedonio.
 10. *Epistolas* muy interesantes en número de noventa y una;
 11. Los libros *sobre la muerte de Satiro*, su hermano.
 12. *Himnos y cantos*, y el *Te Deum* atribuido á él y á san Agustin.
- Los *Benedictinos* han publicado una hermosa edicion de san Ambrosio, París, 1686-1690, 2 tom. en folio.